

UNA ACLARATORIA EN EL DIALOGO CRISTIANO-MARXISTA

ELOI LENGRAUD*

LA TENTACION DE LA "REDUCCION TEOLOGICA"

Se oye hablar de reducción económica, para tratar de una interpretación estrecha del materialismo histórico, la historia del mundo volviéndose reflejo mecánico de las contradicciones entre relaciones de producción y fuerzas de producción. Se habla también de reducción materialista, de reducción sociológica y no sé cuántos otros análogos. Un solo campo parecería escapar a la interpretación calificada de reductora; quiero hablar de la teología que los sabios de hace poco todavía nos presentaban como el campo englobante por excelencia; el punto de vista de Dios que abarca todo.

Sin embargo me atrevería a afirmar que sí, existe una reducción teológica y que esa reducción representa un peligro real hasta en los mismos documentos oficiales de la iglesia. Tengo en memoria el —por lo demás admirable— texto de Medellín sobre la paz, donde la situación presente del mundo, situación de explotación, de miseria y de violencia para la mayoría de los hombres está calificada como "situación de pecado".

Antes de seguir, no holgaría, creo, aludir a escritos de Marx, un Marx que ya en su tiempo estuvo llamado a tomar posición frente a los primeros planteamientos del cristianismo social. Un escrito menos conocido que el Manifiesto Comunista y anterior a él, la circular contra Kriege (1846), aborda directamente la problemática que nos interesa. Kriege era del grupo de los "comunistas cristianos", pero detrás de Kriege, la circular lo dice explícitamente, apuntaba a Laménais, el padre espiritual de Kriege. Este, en artículos publicados en Nueva York, interpretaba la lucha por la sociedad comunista como "la búsqueda del gran espíritu de la comunidad" que ha de "derramarse generosamente de la copa de la comunión". Marx comenta: "después de haber transformado así el movimiento comunista revolu-

cionario en la búsqueda del Espíritu Santo y de la Santa Cena, Kriege puede también pretender, que "basta reconocer" aquel espíritu para hacer "comulgar a todos los hombres en el amor". Este resultado metafísico encuentra su origen en la confusión entre comunismo y comunión...".

Con tal perspectiva los ricos están invitados a la caridad, y concluye Kriege: "Quien no da su apoyo a tal partido puede ser considerado con razón como un enemigo de la humanidad"; lo que hace decir a Marx: "la intolerancia de esta frase parece entrar en contradicción con "el don de sí a todos", con "la religión del amor" para todos. Pero es al contrario una consecuencia puramente lógica de esa nueva religión, que, como todas las demás, odia y persigue a muerte a todos sus enemigos. El enemigo del partido está transformado lógicamente en un hereje, por el hecho que el enemigo del partido realmente existente, en el seno del cual se lucha, se le transforma en un pecador contra la humanidad que ella no existe sino en la pura imaginación, y ese pecador ha de ser castigado". Y frente a ese hereje, subraya Marx en el mismo texto de Kriege, el proletariado se vuelve entre otras imágenes "el cordero de Dios que quita los pecados del mundo".

Por supuesto el lenguaje de hoy escapa a la extrema confusión de aquel que provocaba la reacción de Marx. Más aún podemos entender perfectamente la preocupación de nuestros obispos en Medellín. Al nombrar la situación presente como situación de pecado, se afirma en lenguaje religioso que esa situación es radicalmente injusta, que la responsabilidad del hombre está comprometida y va contra la voluntad de Dios. Pero ese hablar, precisamente, por ser simbólico, rebasa la mera descripción.

SIMBOLO RELIGIOSO Y ANALISIS SOCIOPOLITICO

En la noción de símbolo hay un poder de significado que pone en marcha la afectividad que se enraiza en las zonas subterráneas donde creencia, evidencia,

verdad encuentran sus bases. El símbolo es otra cosa que un signo. Que sea el rojo del semáforo que me obliga a detenerme y el verde que me invita a pasar, eso es pura convención. Pero, al revés, no podré utilizar indiferentemente la simbólica del agua o de la luz para significar cualquier cosa. Si el símbolo nos devuelve a un término distinto de sí mismo, no es de manera anónima y convencional como el signo, sino en virtud de su estructura constitutiva, porque él mismo es movimiento, porque en él la significación se encuentra por así decir, sublevada y llevada más allá de sí mismo. En resumen el símbolo desarrolla su propia dinámica.

Cuando analizo la situación en términos de lucha de clase y cuando religiosamente, designo esta situación como situación de pecado, eso equivale a denunciar a una clase, la clase dominante, como responsable principal del pecado del mundo y casi identificar a la clase dominante con las Potencias del Mal. Es decir que la simbólica religiosa viene a reforzar la tentación de fanatismo que identifica a los adversarios con el mal, que demoniza al enemigo: el capital es la encarnación de Satanás.

Otra simbólica paralela y utilizada en ese contexto, conlleva consecuencias semejantes; es el uso del símbolo johanico de "tinieblas". El capitalismo es fuente de todo mal. Nos anima una voluntad iconoclasta y, no siempre reconocido, un deseo de retornar a una época idílica cuando no existían esas máquinas demoníacas. Hay como un anhelo hacia antaño cuando ser religioso era más bien un fenómeno sociológico, un fenómeno "natural, cuando la secularización tenía efectos todavía muy limitados. En la misma óptica se encuentra nuestra insistencia a oponer el haber al ser, como si el haber fuese sencillamente el contrario del ser, olvidando que un sano uso del haber no implica necesariamente aislamiento de los seres, sino facultad, instrumento de comunicación. En todo eso se desdeña lo que Marx, al contrario, supo valorizar, la suma de posibilidades al alcance del hombre como fruto del desarrollo capitalista de las fuerzas

ELOI LENGRAUD es Párroco de La Lagunita, Fila de Mariches (Caracas)

de producción. Una comparación objetiva entre la Venezuela de hace cincuenta años y la de hoy no puede sino confirmar esa opinión.

Sea lo que sea, con esos símbolos, estamos lejos del proyecto de Marx. Para éste las exigencias de justicia y fraternidad entre los hombres no son sólo postulados teóricamente fundados y aceptados por todos, sino sobre todo la necesidad de suministrar medio reales de transformación de la sociedad que posibiliten la realización en ella de esas exigencias. La tan un velo ideológico oculta el funcionamiento de la sociedad donde el orden político y social tiende a asegurar la reproducción de las condiciones de producción a pesar de sus contradicciones: una concentración más y más intensa de las fuerzas de producción en provecho de unos pocos por el hecho de la apropiación privada de esas fuerzas de producción y en oposición irreductible con los intereses de la clase explotada, en una palabra una exigencia de justicia, de fraternidad que pasa por el "descubrimiento" de intereses antagónicos entre dos clases.

En ese contexto se comprenderán las cóleras de Marx contra los planteamientos a la Kriege: "Hasta ahora la ignorancia nunca sirvió a nadie... en particular dirigirse a los obreros sin tener ideas rigurosamente científicas y una doctrina concreta, se vuelve un juego deshonesto y vano; una propaganda donde se suponía por una parte un apóstol entusiasta y por otra parte meros imbéciles que lo escuchan con la boca abierta".

Sin negar el valor movilizador de los símbolos, hemos de admitir que a menudo su uso demasiado fácil da la impresión que queremos ahorrarnos un estudio serio de nuestra sociedad. Nuestra predicación llega de vez en cuando a suscitar una suma de generosidad que se va desgastando en vano porque no sabe dónde ubicarse en una coyuntura concreta, cuando no va más bien reforzando ingenuamente una ideología estabilizadora.

Pero allí no se limita el efecto del recurso al lenguaje simbólico. El mismo símbolo no se contenta con desarrollar su propia imagen. Segrega algo así como una necesaria antítesis. Frente a la clase capitalista a quien se imputa el pecado, el oprimido se vuelve el actor de la liberación auténtica. En el nombre de la dignidad humana del oprimido y después de los fracasos reformistas, la situación presente no podrá ser cambiada realmente y radicalmente sino por las víctimas de ese sistema injusto. La clase oprimida accede al status de redentor colectivo.

Y sigue la concatenación de las imágenes contrapuestas: a la simbólica de las tinieblas responde la de la luz, a la situación de pecado, la situación de gracia,

al reino del pecado, el reino de Dios...

REINO DE DIOS Y SOCIALISMO

Explícitamente negamos toda asimilación entre la sociedad que proyectamos y el reino de Dios. Ahora bien, otra vez, hay una lógica que nos escapa y nos predispone a absolutizar la sociedad que queremos instaurar y, por vía de consecuencia, a perder toda la dimensión crítica que habríamos de asumir si aceptamos como función esencial de nuestra fe la de ser desabsolutizante. Pero, de hecho, ¿aceptamos esa función como esencial? y sin embargo no faltan argumentos para avanzar esa aserción de la fe desabsolutizante.

A la manera de los teólogos clásicos, puedo enunciar los tres tipos de argumentos: los de escritura, de tradición y de razón.

De la escritura, prescindiendo de todos los textos antiidolátricos del A.T., me gustaría destacar un texto del N.T., tantas veces solicitado desde una perspectiva política, el de "dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". El contexto: dos grupos se acercan a Jesús, los fariseos, celosos defensores de las tradiciones judías, y los herodianos quienes al contrario aceptan colaborar con el ocupante romano. Se presenta al Maestro una moneda del tributo con efigie e inscripción al "divus emperador". A la pregunta sobre la licitud de pagar el impuesto, la respuesta es doble, apuntando cada uno de los públicos. A los fariseos Jesús dirá: la aceptación del poder político ejercido por los romanos en Judea no tiene significación religiosa; no hay ninguna infidelidad a la fe al someterse a las leyes fiscales edictadas por Roma; la desaparición de la independencia política de Judea, la absorción del Pueblo de Dios como realidad social y política, en el imperio romano, no tiene ninguna repercusión religiosa, ninguna importancia para con la fe en Dios; así que, "den al César lo que es de él". Pero, que no se equivoquen —y aquí la enseñanza va dirigida a los herodianos—: pagar el tributo no representa de ninguna manera una absolutización del poder romano, el emperador no es una persona divinizada; si se ha cumplido para con el César, nada ha sido hecho para con Dios, todo queda por hacer y por eso: "Den a Dios lo que es de Dios". Dos respuestas y una misma tónica: nada sagrado, nada divino entre las cosas terrenales ni la existencia del pueblo elegido, ni el emperador romano.

Y así lo entendieron los primeros cristianos: se negaron a sacrificar al emperador y por eso fueron calificados de "ateos", y por eso ciertos de ellos hubieron de enfrentar el martirio. Ese ejemplo servirá de argumento de tradición —sin olvidar que desgraciadamente hubo, en la historia de la Iglesia, muchas tradiciones

contrarias.

Argumento de razón por fin, de razón dialéctica, diría. El marxismo proporcionó a nuestra manera de vivir la fe una sana crítica que la liberó de ciertos efectos de opio para reencontrar su papel de levadura. Sería normal que nuestra fe, encarnándose de lleno en la lucha socialista para la instauración de una nueva sociedad, asume el papel de desdolatrización.

CONSTRUIR UNA SOCIEDAD CRITICA

El marxismo no necesita sacralización; su confirmación la encuentra en la praxis, en su eficacia. Pero, ¿quién se atrevería a sostener que no hay ningún riesgo de absolutización, de etapas, de sacralización de actores? Releía hace poco los artículos escritos en una revista de intelectuales comunistas a consecuencia de la muerte de Stalin. Es increíble el nivel al cual había alcanzado la expresión del culto a la personalidad. Todos los comunistas reconocen hoy esos excesos. Eso es obvio. Pero, más interesante todavía, no son pocos de esos quienes admiten que el stalinismo no es una desviación accidental, que él también estaba implicado en la lógica del sistema que necesita una muy fuerte centralización para romper con tendencias contrarias. Las medidas que no siempre eran comprendidas y de toda manera no eran participadas, exigían por parte del organismo central, un reforzamiento de su autoridad. Lo que convicción o medidas de coerción no le brindaban tenía que conseguirse confiriendo a su responsable principal una especie de infabilidad. Y rápidamente el medio se vuelve fin en sí: el camino está abierto al "culto".

Mutatis mutandis, cualquier cambio radical ha de encontrar fuertes resistencias e implica concentración de poder. Si el socialismo es condición necesaria para escapar a derechos abstractos y para alcanzar una auténtica democracia, eso no significa que la compaginación democracia-socialismo se realice ipso-facto; más bien necesita una auto-crítica de todo momento.

Así para nosotros, cristianos comprometidos en la búsqueda de una nueva sociedad, la tarea se encontraría en una tónica constante: crítica al régimen capitalista para llegar a su sustitución, pero también crítica, una vez nacida la nueva sociedad, para evitar toda idealización de cualquier paso. Posición inconfortable, por supuesto, pero Cristo no nos prometió la tranquilidad, más bien obrando el bien nos predijo dificultades (1P. 2/20). Posición de combate que parecería en ciertas circunstancias poner en peligro nuestra existencia como Iglesia, pero, eso sí, Cristo nos prometió la perennidad. ●